

—No vayais! gritaron todos los convidados.

El amo se habia levantado ya.

Todos hicieron lo mismo, y quisieron seguirle.

El les dijo:

—Quedaos!

Y acudió solo, al llamamiento del desconocido.

Habia muchos criados en la antesala.

El extranjero le dijo á Mario:

—No puedo nombrarme mas que á vos solo.

El amo hizo salir á todos los criados.

Murat y Monteleone no se habian visto nunca, antes de aquel dia.

Murat miró á Monteleone antes de hablar.

Monteleone preguntó:

—Qué quereis de mí?

—Un abrigo, respondió el rey; estoy agobiado de cansancio..... pan y vino, tengo hambre.

—Son cosas que no se niegan á nadie, señor, dijo el amo.

—Estoy proscrito, dijo Murat.

—Yo lo estaba ayer, repuso Monteleone:

—Os he hecho mucho mal.... tal vez injustamente.

—Que Dios os lo perdone, señor.... Yo no os haré mas que bien.

—Sin preguntarme mi nombre?

—Sin preguntaros vuestro nombre.

La sangre se le subió á las mejillas al extranjero, quien echó hácia atrás el embozo de la capa con que se cubria el rostro.

—Pues yo te lo diré, Mario Monteleone, dijo avanzando un paso: yo soy Joaquin Napoleon, rey de Nápoles.

Mario se inclinó profundamente, y desde aquel instante permaneció con la cabeza descubierta.

—Señor, le dijo, doy gracias á V. M. por haber honrado mi casa con su visita.

Tomó un candelabro, y salió el primero por una puerta lateral.

Murat le seguia en silencio.

Subieron al primer piso de la casa.

—Señor, dijo Mario, presentando una silla al rey, Dios quiera que la Italia no tenga nunca un amo mas duro que vos..... Lo que habeis hecho contra mí, no importa mas que á vuestra conciencia..... no os haré yo mal por ello!..... Soy, es cierto, el servidor fiel de Fernando de Borbon; pero sois mi huésped..... Bajo mi techo, lo juro solemnemente, comereis en paz y dormireis tranquilo!

Salió y volvió bien pronto, trayendo él mismo, manjares y vino.

—Por lo que soy yo, dije^a me fio de mis amigos y de mis servidores.... Pero tratándose de V. M., no me fio mas que de mí mismo.

El rey se sentó frente á la mesa, y comió ávidamente.

Monteleone le sirvió, con la cabeza descubierta.

Despues de la comida, Monteleone guió al rey por la mano, hasta su propia recámara.

Allí le dijo:

—Señor, para llegar hasta V. M., seria necesario que mis enemigos pasaran por encima de mi cadáver.

Y se acostó, vestido, á través del quicio de la puerta del aposento en donde descansaba el rey.

Pero la traicion velaba!

III.

EL ASESINATO.—EL JURAMENTO.

A eso de las tres de la mañana, la puerta del palacio de Monteleone fué echada abajo.

Ciento cincuenta gendarmes y mas de cien hombres de infantería estaban allí.

Ni siquiera hicieron las intimaciones de costumbre.

Cinco oficiales llegaron hasta el aposento del rey, despues de haber puesto guardias en todas las avenidas.

Desde el primer choque Monteleone cayó de rodillas, atravesado por tres heridas. Empero no por eso soltó su espada.

Franceschetti y el francés, despertados de pronto, descargaron sus

pistolas en el corredor, en el momento que Murat se presentaba en la puerta de su aposento.

Ninguno de los cinco oficiales tuvo la triste honra de poner la mano sobre el rey de Nápoles. Los soldados encontraron sus cinco cadáveres tendidos en torno de Monteleone, desmayado; pero siempre con la espada en la mano.

Murat, Franceschetti y el francés habían logrado escaparse por una ventana. No los cogieron, sino al borde de la mar, después de una resistencia desesperada.

Ya sabes lo demás, hermanita, á lo menos por lo que respecta á Murat.

Murat fué juzgado, condenado y ejecutado; en menos de cuarenta y ocho horas.

Monteleone fué igualmente condenado, por haber tomado las armas contra su legítimo soberano.

Pero no hubo nadie en el país que creyera en la ejecución de Monteleone, el padre de las Calabrias, el benefactor, el santo; el hombre que había sufrido tanto por ser fiel á Fernando; el amigo, el pariente de los Borbones!

Veinte mil voces— y es una cosa enorme en esos países—clamaron toda la noche en torno del castillo de Pizzo, pidiendo la libertad de Monteleone.

El marqués de Francavilla hizo anunciar al pueblo, que un correo había partido para Palermo, en donde á la sazón se hallaba Fernando, para implorar la clemencia real.

Todos esperaron.

Pero sin dejar de esperar, no permanecieron ociosos. Los Caballeros Herreros, estaban allí. Se organizó un motin, para el caso en que Monteleone debiese marchar al cadalso. Había diez veces mas conjurados en torno del Pizzo, que soldados en la guarnición.

Aun cuando la ciudad debiera arrasarse, era preciso salvar á Monteleone.

Esperaron dos dias y dos noches.

En la mañana del tercer dia, un correo real se presentó en el extremo de la calle, galopando y agitando un estandarte blanco.

No se oyó mas que un solo grito:

—Gracia! gracia!

El rey concedía gracia, en efecto:

Los Compañeros del hierro se precipitaron, ébrios de gozo, al castillo. Cada cual estaba mas contento que si hubiera salvado á su muger ó á su hijo.

Habían preparado unas *andas*, adornadas de follaje y de flores, para conducir á su padre en triunfo al Martorello.

Pero fué un cadáver, lo que depositaron sobre las *andas* triunfales!

Monteleone había muerto en su calabozo. Algunos dicen que la noche anterior un hombre se había introducido en su prision.

Un hombre que llevaba el rostro cubierto con una máscara!

Los que dicen esto añaden, que Monteleone fué estrangulado con un cinturon....

Pero, cómo dar crédito á estas fábulas que circulan entre el pueblo?.....

Había habido un asesinato; esto es lo cierto. La responsabilidad del asesinato no podía recaer mas que sobre las gentes del rey.

Las represalias no estallaron inmediatamente. Aquella multitud inmensa, muda y estupefacta, se agrupó en torno de las *andas* y acompañó al cadáver hasta el Martorello. Por todo el camino, los habitantes de todos los pueblos, aldeas y hasta de las cabañas, se reunían al acompañamiento.

Los funerales se celebraron en el convento del Corpo-Santo, de la Orden de San Bruno, cuyas antiguas torres dominan lo alto de la montaña.

Todos los vecinos del país estaban allí, y todos pudieron notar la ausencia de María de los Amalfi, condesa de Monteleone, viuda del gran-maestre.

María había desaparecido.

Al subir la montaña del Corpo-Santo los Seis Caballeros del Hierro, se habían adelantado al acompañamiento fúnebre.

No se les vió durante la ceremonia religiosa.

Pero en aquella inmensa iglesia, diez veces mas pequeña de lo que era necesario, para que cupiera aquella inmensa multitud que se agrupaba hasta fuera de las tapias del convento, se operó un movimiento después del *Agnus Dei*. Seis hombres enmascarados vinieron á arrojarse frente al altar.

El sacerdote, cosa estraña, que impresionó vivamente á la multitud! les dió la Comunión, sin que ellos se descubriesen los rostros.

Al levantarse de la Santa Mesa, marcharon hácia las *andas*, en donde aun estaba el cuerpo de Monteleone, en su atahud abierto!

Estendieron sus manos sobre el cadáver, como si hubieran pronunciado entre ellos mismos un silencioso juramento.

En el dedo medio de cada una de sus manos, había un anillo de hierro. Los seis anillos eran iguales.

Levantaron el cadáver. Los que pudieron entrar en la bóveda mortuoria vieron una fosa abierta, y encima una polea.

El atahud abierto fué atado á las cuerdas para ser metido á la fosa. Los seis hombres enmascarados, no se movían. Pero, en el momento en que el atahud, balanceándose, llegaba á la boca de la fosa abierta, estendieron de nuevo sus manos.

La cuerda, que habia comenzado á deslizarse, se detuvo.

Y mientras que aquellas seis manos, con sus anillos de hierro, permanecían tendidas en actitud de juramento, una voz que salía, no se sabe de dónde, pronunció estas palabras:

—“Consagramos siete años de nuestra vida á la venganza de nuestro maestro.... La tierra santa no cubrirá el cuerpo de nuestro maestro, sino cuando el asesino haya pagado su deuda de sangre!.... Tal es el juramento que hacemos en presencia de Jesus Crucificado!”

Las seis cabezas enmascaradas se inclinaron.

La multitud se dispersó, aterrorizada, mientras que los grandes órganos de la iglesia acompañaban el lúgubre canto del *Dies iræ!*

Al día siguiente el palacio del duque del Infantado y la casa de Francavilla, eran presa de las llamas.

Ocho días despues se hubiera buscado en vano, en el Martorello, desierto, la huella de la aldea floreciente que se elevaba en torno de las fraguas.

Las fraguas fueron destruidas, porque eran la herencia de Giacomo Doria.

Se sospechaba que Giacomo Doria y su hijo Loredano habian dirigido aquella infame trama.

Pero he aquí que Manuel no los acusa.

Manuel afirma, por el contrario, que Giacomo Doria, y sobre todo Fernando de Borbon, hicieron cuanto pudieron por hallar al traidor y castigar el asesinato.

Y añade, que, si alguna vez un Monteleone se presentara en la corte, seria el primero del reino.

Manuel debe saber....

Ahora, hé aquí lo que dicen: Los Compañeros del Hierro juraron venganza, y se retiraron á la montaña.

Los Seis Caballeros, parientes ó amigos de Monteleone, empuñaron la carabina: se hicieron bandidos!

Dicen tambien que cada año, el día mismo en que hoy estamos, el 15 de Octubre, las campanas del convento de Corpo-Santó, tocan á muerto, y que la nave sombría de la iglesia se llena de misteriosos fieles.

Es el aniversario de Mario Monteleone, que no está aún vengado....

Julian se calló.

El coche llegaba penosamente á la cumbre de la costa, y daba una vuelta para descender al puente del Brentola.

El señor David tocó, se esperezó, y abandonó por fin su descuidada posición.

Miró la hora que era en su reloj.

—Es esa una estraña historia, mi jóven señorito, dijo, fijando de pronto sobre Julian sus ojos, que parecían mas penetrantes, bajo la sombra de sus ásperas cejas.

El asombro hizo estremecer á Celeste.

—Es una historia que se cuenta en todo el país, contestó Julian.

—Y ese Manuel, replicó el señor David, estaba en el Martorello, cuando tuvieron lugar esos acontecimientos estraordinarios?

Julian tardó un instante antes de responder. Su fisonomía, un momento antes tan amable, tomó una espresion de sombrío orgullo.

—Señor, dijo al fin, ese Manuel, debe esperarnos en el camino á pocos pasos de aquí.... los pormenores que no he podido comunicarle á mi jóven hermana, podreis preguntárselos á él mismo.

El señor David, lanzó hácia el camino una mirada rápida é inquieta.

Hubiérase dicho, en verdad, que temia percibir allí alguna horrible vision.

Pero el camino estaba desierto!

Entonces se acomodó de nuevo en su asiento, y murmuró:

—Despues de todo, no me importa mucho!

IV.

EN EL CAMINO REAL.

DESDE aquel momento, Julian y Celeste permanecieron mudos.

El señor David, replicó con aire indiferente:

—Cada distrito de este buer país tiene su lúgubre historia.... Podria hacerse de veras, una balada, con esos Caballeros del Carbon y del

Hierro..... Hay tambien los Compañeros del Silencio!.... Todo eso suena muy bien, y causa terror y espanto á los niños.... Un paso mas arriba, en la montaña, mi jóven señorito, os escito á que le conteis á vuestra preciosa hermana los hechos del Porporato.... Habreis oido hablar de él, supongo?.....

—Sé, como todo el mundo, respondió Julian secamente, que ese es el nombre de un bandido.

—Pero qué bandido! exclamó el señor David con un acento burlesco. Si Fra-Diávolo resucitara, no le llegaría al tobillo..... Ah! ah! señorito, este es un buen pais, una tierra excelente para los que gustan de cuentos de viejas..... Nuestra Calabria es capaz de proveer de bandidos de ópera cómica al universo entero..... Pero desde que se inventó el bandido calabrés, no ha habido ninguno tan ilustre como ese picaronazo del Porporato..... Nuestras mugeres están locas por él, y no hay marquesa que no sueñe con el bandido!

Encogióse nuevamente de hombros, lo cual parecia ser su costumbre favorita, y se recostó en sus asientos.

En el cabriolé, el recién casado Battista Giubbetti, respondía lo mejor que podía á las preguntas de su misterioso compañero, cuyas maneras no dejaban de inspirarle cierto terror. Por casualidad, la conversacion rolaba tambien sobre los bandidos.

—Es decir, que platican frecuentemente del Porporato, en estos caminos? decia Athol.

—No se habla mas que de él, excelencia, contestó el postillon.

—Y qué dicen del Porporato?

—Dicen que es fuerte y terrible como el rayo de la tempestad..... hermoso como un ángel.... mas bravo y mas generoso que un león!...

—Bah! exclamó sonriéndose el jóven viajero; vosotros los calabreses, decís eso de todos vuestros bandidos!

—Desde el tiempo de Rinaldi, que no era hijo de hombre, replicó el postillon, con una gravedad llena de convencimiento, no ha habido en toda la Italia un caballero semejante al Porporato!

—Y ha venido algunas veces á este distrito? preguntó Athol negligentemente.

—Señor, yo jamas lo he visto, respondió Battista; pero no por eso puedo asegurar que no haya venido por aquí.... Vos, mejor que yo, sabeis lo que darian en Nápoles al que presentara su cabeza.

—Es exactamente cuarenta mil ducados, respondió el jóven viajero. Battista guiñó los ojos.

—Así está escrito, dijo, sobre los cartelones; pero id á la jefatura de policia, y decid solamente: "Cuánto mas de lo prometido me daríais si os trajera la cabeza del Porporato?".....

—Amigo mio, le interrumpió el viajero; sois un chico instruido en los negocios..... Es jóven ese Porporato?.....

—Muy jóven.

—Quisiera saber á toda costa en dónde permanece, aun cuando no fuera mas que para evitar encontrarme con él.

—Señor, todo el reino de Nápoles es su dominio..... Ha exigido contribuciones sobre la cumbre de los Abruzzos, y hasta en los Estados de nuestro Santo Padre..... Pero su castillo debe estar cerca de aquí, puesto que la cancion dice.....

—Ah! ah! dijo Athol riéndose; con que hay una cancion!.....

—Hay ciento!..... Pero, la de que os hablo, no se canta sino desde la primavera pasada:

"Cuando la hija del intendente de Cosenza quiere ver á su hermoso amigo de la montaña, no hace mas que poner un velo blanco en su ventana, y el sonido de la trompa le dice luego en dónde está el "Porporato"

—Canario! exclamó el jóven viajero, todo esto se parece como dos gotas de agua á las historias de Zampa!.... Apuesto á que ese Porporato sabe tocar la guitarra!

Cada pais tiene la rareza de su orgullo.

El calabrés defiende á sus bandidos, con el mismo respeto que el marsellés pone en adorar su Cannebière.

—Señor, respondió el postillon con un aire picado, no sé si toca la guitarra ó no, pero quisiera ver á uno de los burlones frente á él, á cien pasos, cuando baja de la montaña, con su carabina incrustada de oro al hombro..... Apuesto cien carlinos [y no soy rico] á que el burlon se quitaba el sombrero....

—Vaya! vaya! Battista, amigo mio, no te enojas, dijo el viajero.... Tal vez tienes razon.... No te pregunto ya mas que una cosa; ese Porporato es uno de los Seis?

—Si sois maestro, contestó el cochero, cómo podeis ignorar eso?

—Lo ignoro. Soy maestro y te mando que me respondas!

Athol habia recobrado su mirada imperiosa.

—Pues bien! repuso Battista; así lo creyeron allá en la ciudad.... Pero cuando ofrecieron los cuarenta mil ducados, enviaron su filiacion.... y la filiacion dice, que el bandido Porporato tiene de edad veintidos ó veintitres años.... El menos viejo de nuestros señores, tiene diez años mas de edad....

—Y vienen frecuentemente al pais tus señores?

—Todos los años, el quince de Octubre.

En este instante el camino formaba como la tangente de aquella semicircunferencia figurada por la costa.

—*Stop!* gritó el caballero de Athol con una inflexion de voz, enteramente británica; amigo mio, por qué no me llamas ya milord?

—Os llamaré como gustéis, escelencia, respondió Battista, conteniendo las riendas de sus caballos; pero no hemos llegado aún á la posada, y no encontrareis ninguna casa antes del puente del Brentola....

Se interrumpió y exclamó con un tono de sincera admiracion:

—San Gennajo! vaya un precioso brinco para un hidalgo!

Athol, en efecto, habia puesto los piés en tierra, de un solo salto, ligero y gracioso.

Cuando Battista le hubo presentado su pequeña maleta, encima de la cual estaba envuelta una vasta capa, el jóven caballero le arrojó una onza de oro, le saludó con la mano, y en menos de un instante se perdió entre las rocas.

—Ea! *cervoli*, ea! gritó alegremente el cochero, tocando con la punta del chicote á sus caballos; por todas partes se va á Roma!.... Pero si ese lindo caballero quiere seguir la playa hasta Nápoles, ya tiene hartito que andar..... Ea! *Caprioli*, ea!....

Completamente se habia perdido de vista al caballero de Athol, que bajaba la cuesta saltando de roca en roca.

Los caballos de la *carroza*, trotaron famosamente hasta el fondo del valle. Por su propia voluntad se detuvieron en el puente del Brentola!

Era una párada de costumbre.

Julian y su hermana se apearon, y entraron en la posada del Corpo-Santo, que estaba á veinte pasos del camino.

En la sala baja habia un hombre de unos cincuenta años, de fisonomía honrada y amable, que aguardaba á los jóvenes.

—Manuel! exclamaron al propio tiempo Julian y Celeste.

El hombre abrió sus brazos, y los estrechó á ambos sobre su corazón.

Tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Hijos míos muy queridos, les dijo, no he logrado el objeto de mi viaje..... Los poderosos no se acuerdan de los que han muerto....

Pero nos queda un recurso, y sabremos nuestra suerte esta noche....

—Quién nos la dirá? preguntó Julian.

—Si el depósito hubiera sido confiado á un hombre, desesperaria yo, respondió Manuel, porque ya no creo en los hombres....

—Quién, pues, tiene ese depósito?

—La tierra!

En el exterior, Battista se preparaba á dar un pienso á sus caballos. El hombre de la montera de seda negra sacó la cabeza por la portezuela.

—Hola, amigo!

—Señor!..... estoy con vos! respondió el cochero, echando algunos cuartillos de dorado maiz sobre la bandeja que le habia traído el posadero del Corpo-Santo.

El señor David tomó un acento severo.

—Aquí! pronto cuando yo hablo! dijo con voz de mando.

—Oh! Oh!..... dijo Battista. Vuestra escelencia está muy de prisa!

—Mi escelencia, viaja por el hierro y el carbon!

Battista se quitó inmediatamente el sombrero.

—Es el dia..... murmuró entre sí.

Y mas alto, acercándose:

—Y el comercio va bien, milord?.... *el hierro es fuerte, y el carbon es negro.*

—*Hay algo mas fuerte que el hierro?* pronunció David tendiéndole la mano.

—*La fé!* respondió el cochero, que sintió los dedos del viajero trazar una doble cruz sobre la palma de su mano.

—*Hay algo mas negro que el carbon?*

—*La conciencia del traidor.....* Vuestra escelencia puede mandarme.

—Sea en buena hora!..... Ya darás de comer y de beber á tus caballos cuando yo me apée.... estoy de prisa!

—Y en dónde se apeará vuestra escelencia?

—Del otro lado de la montaña.... marcha! pronto!....

Battista, sin replicar, colocó de nuevo la comida de sus caballos en el saco de tela de donde la habia sacado.

—Ohé! Pietro! gritó.

El posadero, flaco y amarillento personaje, que parecia haber atrapado él solo toda la malaria del pais, se presentó en la puerta de su posada.

—Tomad vuestra bandeja, Pietro! le dijo Battista. Luego que vuelva á pasar, beberemos un vaso de vino de Sicilia..... Hasta otra vista!.....

—Buen viaje! replicó el fiebreño.

Los caballos se pusieron á trepar á todo trote la cuesta

Un cuarto de hora despues, cuando mucho, el carruaje pasaba por delante de la puerta del convento del Corpo-Santo.

Era una antigua y maciza construccion, del estilo italiano de la edad media. Tenia una tapia estensa, derribada en varias partes.

Todas las puertas estaban cerradas, y aquel monasterio, grande como un pueblo, parecia una casa abandonada.

Battista hizo la señal de la cruz, y luego se volvió para preguntar:

—Aquí es?

—Anda adelante! respondió el señor David.

A una media milla de allí, sobre el declive de la montaña, habia un recodo que dejaba bruscamente percibir un horizonte, en el cual todo era desnudez y desolacion. No habia por allí rastro ninguno de habitacion.

—Pára! gritó el señor David por la portezuela,

Y se apeó, llevando bajo el brazo su capa.

—Amigo mio, le dijo; acuérdate bien de lo que te mando en nombre del carbon y del hierro! Si el inspector te pregunta el número de viajeros que tomaste en Palmi, le dirás: "Eran dos hombres y una muchacha."

—Pero..... quiso objetar Battista.

El señor David le puso bajo la nariz el dedo mediano, en el que lucia un anillo de acero bruñido.

—Basta, esclencia! dijo Battista con un tono de azorada sumision:

El señor David le volvió las espaldas.

Battista subió de nuevo á su pescante.

—Ea, *Colombi*, ea! gritó.

Y luego, hablando consigo mismo:

—Hoy es el día..... y llueven que da gusto! Bah! despues de todo—se interrumpió—una mentirilla al inspector, no es pecado mortal!

A tres ó cuatrocientos pasos del camino se abria una barranca, que iba en sentido contrario del Martorello. Los temblores de tierra han dejado por todas partes en el país estas formidables grietas!

El señor David silbó suavemente al llegar cerca de un montecillo en donde los cactus mezclaban y entretegian sus tallos deformes, semejantes á colosales culebras.

Un silbido semejante le respondió.

Hubiérase dicho que el sonido salia de debajo de la tierra.

Un segundo despues, los tallos del alóes y de los cactus se movieron, y se presentó á la vista la pluma de un sombrero calabrés.

—Entrad, señor! dijo una voz gruesa; vos sois el primero en llegar.

Habia entre la maleza un ancho hoyo. El montecillo era una guarida de contrabandistas.

—Cuántas carabinas hay aquí? preguntó el señor David.

—Once! le respondieron; y se aguarda al capitán.

El señor David se sentó.

—El conde y su hermana, dijo, han partido de Messina esta mañana..... Montaron en Scylla, á eso de las ocho, en su *calesso* de viaje..... Su escolta está compuesta de cuatro criados armados y cuatro gendarmes.... He aquí las noticias convenientes..... lo demases cosa del capitán.

En el entretanto, el carruaje del postillon de Monteleone, libre como estaba ahora de toda carga, marchaba á las mil maravillas. Alegres pensamientos alhagaban la mente de Battista!

Pensaba en Giannina, su muger, que le aguardaba, vigilando la sopa de macaroni; Giannina la bella; Giannina la de la tez dorada! Dos leguas aún; una hora, é iba á verla acudir á su encuentro, alegre, risueña, enamorada!.....

—Ea! *Colombelli*, ea! ea!

De pronto, en una vuelta del camino se presentó un hombre. Era un personaje de grande estatura, con una capa oscura echada sobre la espalda. Tenia una carabina al hombro, y en el sombrero una pluma.

El camino estaba absolutamente desierto.

El pobre Battista tuvo la idea de volver grupas, y soltar la rienda á sus rocinantes.

Pero el hombre de la capa empuñó una pequeña trompa de plata, que pendia de su cuello, la acercó á sus labios, y tocó una llamada que hizo estremecer á nuestro cochero.

—Y van tres! murmuró! Hoy es el día!

Detuvo el paso de sus caballos.

El hombre de la capa continuó avanzando hasta el carruaje, y tocando al propio tiempo el *allegro* de la cancion de Fioravante:

Amici, alliegro andiamo alla pena!....

—Bueno! bueno! gruñó entre dientes el postillon. Cancion del infierno! cuántas veces te he de oír hoy!.... Vuestra señoría quiere subir? preguntó viendo al hombre de la capa detenido en la mitad del camino.

—Tú eres el Battista de Monteleone? le preguntó éste. Te has casado con una preciosa muchacha, amigo?.... Cuántos viajeros tenias en tu *carroza*?....

—Tres! respondió el postillon.

—Cómo eran?

—Dos jóvenes y una muchacha.

—Ah! ah! exclamó el desconocido riéndose; te han hecho prometer que no dirías nada.... El zorro no gusta de dejar pista tras de sí.... No es eso?

—No comprendo á vuestra escelencia, respondió Battista.

—No?... y si te abriera la inteligencia con esto, camarada?

Y empuñó su carabina.

—Ah! monseñor! exclamó Battista, no soy mas que un pobre diablo..... Tened piedad de mí!.....

El desconocido prorumpió en una carcajada.

Era un hombre de una estatura muy elevada, cinco piés y ocho pulgadas por lo menos, y construido como un Hércules.

—Vaya! replicó el incógnito; yo no tengo necesidad de mostrar mi anillo de hierro.... Pero, no tengas cuidado, camarada; sé de dónde viene el peregrino..... llega en línea recta del hospital, y volverá allá!.... Guárdate de esos rostros pálidos.... Un hombre leal, tiene siempre sangre bajo la piel!.....

Y tendió la mano á Battista, que estaba aún tembloroso.

—Yo no hago ninguna cruz en la palma de la mano, dijo, ni hablo del hierro, ni de la fé, ni del carbon, ni de la conciencia, ni de los pícaros.... Tomo simplemente la mano de un chico, y la estrecho—un poquito!....

Battista lanzó un grito de dolor; tan violenta así fué la presion.

El gigante volvió á prorumpir en una nueva carcajada.

—No hay peligro de que se me desobedezca, cuando se ha sentido eso.... Vuelve grupas, camarada.... tu mujer comerá hoy la sopa sin tí!....

—Y por qué, escelencia? preguntó tímidamente el postillon.

—Porque vas á esperarme aquí cerca, al pié de la subida, paseándote como un buen muchacho, ó durmiendo en tu pescante.... Vengo de lejos, y estoy cansado..... No me parezco al viejo zorro yo.... Si alguno te pregunta por quién estás allí, responderás: "por el capitán"..... ya se sabe lo que eso quiere decir. No hay mas que un capitán, no hay mas que un Porporato!.... A media noche mi quehacer habrá concluido, y entonces me llevarás á Monte-Fama..... Dios te bendiga!

El gigante acomodó de nuevo su carabina sobre la espalda, y se perdió entre los bosquecillos que cubrían los bordes del camino.

El pobre Battista se quedó aturdido en el mismo lugar.

Luego, con la cabeza baja y un aire resignado, arrendó sus caballos con direccion al convento del Corpo-Santo.

—Vamos, pobres animalitos, dijo, paciencia!.... Es duro esperar hasta media noche..... Pero de veras que dá gusto ser calabrés, cuando vé uno un bandido tan hermoso....

V.

EL CABALLERO DE ATHOL.

MIENTRAS todo esto pasaba, el jóven y hermoso viajero que habia venido de Palmi en el cabriolé al lado de Battista, habia descendido la escalera de rocas que conducia á la playa, y marchaba rápidamente llevando bajo el brazo su maleta y su capa.

Hay gentes que han nacido para la lucha, y han sido armados por la naturaleza, como esos finos navíos que la política de los Estados y la especulacion privada, destinan para que vuelen sobre los mares.

Nada hay descuidado ó mal hecho en la construccion de estas altivas embarcaciones, que no deben llevar encima mas que hombres y pólvora. Ninguna superficie inútil por fuera; por dentro, ningun espacio perdido.

Los navíos apresados deberán seguirle á remolque; el botín no debe entrar á bordo.

Los navíos apresados le seguirán, con sus amplios costados en donde se hallan amontonados el alóes ó el sándalo, la pimienta, la canela, la cochinilla, el añil, todos los colores, todos los perfumes, todas las especies de la India.

Es preciso que sean anchos, muy anchos esos otros navíos que deben contener mucho, y no saben ¡ay! defenderse.

El tiempo de las guerras del Imperio, Surcouf, con su brick que portaba seis cañones y cuatro carronadas, cautivaba flotas enteras....

Aquel jóven que atravesaba la playa con un paso ligero y firme, co